

ILUSTRACIONES CON RECORTES DE PERIODICOS

RACIONALIZACION, CUANTIFICACION Y TOTALITARISMO

El dirigente político moderno se lanza cada vez más al racionalismo abstracto de las ideas generales, para lo cual nada le facilita más su pensamiento desencarnado que la cuantificación de todo, ni nada le estorba más que el pensamiento arraigado en la naturaleza de las cosas, en su sentido amplio de orden dinámico insito en la naturaleza. De ahí el afán de "cambiar las mentes", a través de conseguir un cambio en el modo de pensar, que hoy se proclama desde tantas alturas como una tarea de la "aventura del desarrollo" en la que se embarca el hombre moderno. Y de ahí, también, la imposición de las matemáticas modernas como enseñanza obligatoria.

Recomendamos la lectura, en el número 104 de VERBO, del artículo de Julio Garrido que se ocupa documentadamente de esta cuestión, y creemos útil ilustrarlo reproduciendo una frase de EDGAR FAURE, que puede leerse, en su texto original francés, en LE FIGARO del 8 de enero de 1969:

«En lo concerniente a las matemáticas modernas, me parece muy importante generalizar su enseñanza, porque habitan a comprender lo posible antes de captar la realidad, con lo que favorece, por consiguiente, el desarrollo de la capacidad de creación de los alumnos.»

Así la mente funciona autónomamente, con una coherencia puramente interna, subjetiva —con subjetivismo individual o colectivo— para trazar los grandes planes. La realidad —incluida la humana— se observa luego, como una materia que debemos moldear de acuerdo con aquellas ideas o como un instrumento a utilizar al servicio de nuestros planes. La imaginación se impone a la realidad, que sólo se capta cuantificada, abstraída cuantitativamente, despreciando todo lo cualitativo que no puede traducirse en cifras, toda la experiencia que no sea puramente técnica y los resultados que no se ajusten a nuestros sueños:

Las ilustraciones que hoy ofrecemos giran en torno a las consecuencias de esa "racionalización" puramente mental, de la cuantificación y de las consecuencias inevitables de la incoherencia de nuestra mente con la realidad, por muy coherente que, abstraída de ésta, resulte en nuestra línea de pensamiento puramente cerebral.

I. LAS INCONSECUENCIAS Y LAS CONSECUENCIAS DEL MARXISMO "CIENTÍFICO".

ABC dominical ha publicado tres artículos sucesivos de Salvador de Madariaga, titulados "CARLOS MARX, EL PROFETA Y EL HOMBRE", que nos ilustran grandemente acerca de este "producto" del "cientifismo" dimitonómico que llamamos marxismo. Vamos a recortar. Primero del ejemplar del 26 de marzo:

«Apenas si hay en el marxismo principio o doctrina que se pueda sostener hoy sin mermas, profecía que no haya salido fallida o desmentida por los hechos; pretensión de infalibilidad o inevitabilidad sedicente científica, que no haya resultado huera; pero si el marxismo falla casi siempre en sus detalles, es un hecho no menos innegable que sigue fuerte, quizá más fuerte que nunca, en su conjunto. Fracasa como ciencia; pervive como religión.»

«Este es el pensamiento clave del sistema de Carlos Marx. Ante la realidad, el hombre no se forma una opinión absoluta. La ve tan sólo como una perspectiva condicionada por factores históricos y socio-económicos, los cuales, sépalo o no, forman su pensamiento y, aún más, su subpensamiento, las raíces irracionales de su razón. Y claro es que al rechazar así de golpe y porrazo todo lo que se piensa por hallarlo infectado de subjetivismo, Marx tiene que refugiarse en una objetividad inexpugnable.»

«¿Dónde, pues, la objetividad inexpugnable? En nuestra Europa, río espiritual en que confluyen la tradición intelectual de Grecia y la tradición religiosa hebreo-cristiana, el castillo inexpugnable de objetividad venía siendo Dios.»

«... A Marx le está vedado su acceso. La divinidad es para él uno de tantos vapores insustanciales que emana la realidad burguesa, nube donde se pintan las escenas de felicidad celeste y de horror infernal que sirven a la burguesía para asegurar su opresión de la clase obrera. En la guerra de clases, única realidad social e histórica, no se da ni puede darse objetividad alguna. A la razón burguesa se opondrá la razón obrera, cuando el durmiente se despierte. La única objetividad inexpugnable que hay es precisamente esta carencia de objetividad que hay es la guerra de clases.»

«Suele presentarse esta noción fundamental del sistema de

Marx como la conclusión del estudio tenaz e intensivo de la historia económica que hizo en Colonia al terminar su carrera universitaria en Berlín. Más conforme con su temperamento sería darla como una actitud *a priori*, intuitiva y emotiva, que, lejos de ser efecto, fue causa de aquel estudio y del fuego y tesón con el que lo llevó a cabo. Lo natural en un hombre todavía muy joven que aspira a explicar los hechos sociales hubiera sido vivir la vida obrera, algo por el estilo de lo que hizo Simone Weil o de lo que hacen hoy los sacerdotes obreros. Pero importa tomar acta de que, para abordar su monumental explicación del papel, activo y pasivo, de la clase obrera de su tiempo, lo espontáneo en Marx no fue alistarse en una fábrica, sino meterse en una biblioteca. De cómo vivían y trabajaban los obreros, Marx no supo jamás nada de primera mano; y lo que supo se lo enseñó Engels, que era patrono ...»

«Nada hay quizá de más impresionante en Marx que la «fe de carbonero» que pone en la índole científica de sus libros históricos y socio-económicos y en su capacidad para salvar a los hombres de la guerra de clases mediante el triunfo de la clase obrera.»

... «Claro que negar la fe en sí como una quimera burguesa y negarla con una fe inquebrantable (de burgués) es el colmo del absurdo; y no se cite aquí a Tertuliano y su «credo quia absurdum», porque Marx negaría hasta la muerte que su fe en su anti-fe era absurda.

»Por este camino nos adentramos en el pintoresco laberinto de absurdos que brotó de la mente fértil de aquel racionalista. El primero y más obvio es que el general en jefe de la guerra de clases fuera un burgués. Por nacimiento, educación, gustos, costumbres, virtudes y aun vicios, Marx fue toda su vida un archiburgués ...»

«No cabe rehuir esta contradicción fundamental, que en el fondo es doble. Primero, porque dice Marx que las opiniones de cada cual están determinadas por su clase, a lo que él mismo con su pensamiento y acción da un colosal mentís, y segundo, porque sienta como un principio que el hombre no posee pensamiento objetivo, o sea, válido, sino sólo opinión determinada por su situación socio-económica; y, sin embargo, exige que su propio pensamiento tenga valor absoluto y objetivo como el único científico e inevitable. Así pues, ya en el umbral de su magno edificio intelectual, nos tropezamos con dos proposi-

ciones de un egotismo inaudito: «todo el mundo piensa con arreglo a su clase... menos yo»; y «nadie piensa con validez objetiva... salvo yo».

»No creo que quepa eludir esta conclusión asombrosa...»

Del artículo aparecido el 2 de abril, en el que Madariaga muestra cómo Marx, "el padre del objetivismo", es "el mayor subjetivista que cabe soñar", seguimos recortando:

«Sabido es que Marx comienza por plegar el lenguaje a su pensamiento. «Racional» es para él tan sólo aquello que se conforma al fluir de los hechos humanos según las leyes de la Historia...»

«Entendámonos: las leyes de la Historia descubiertas y aceptadas por Marx. Si no, no pasarán de ser irisaciones de nubes de ilusiones. Así, por ejemplo, Marx acepta de Hegel, y aun afirma con él, que el progreso humano se realiza mediante choques y contrachocos de las fuerzas en presencia, pero rechaza la idea de Hegel que el elemento determinante en estos choques en su tiempo fuera el carácter nacional; no, por cierto, por creer que el carácter nacional sea un mito, y aún menos una superchería, sino por estar seguro de que lo que determina el modo cómo fluyen los hechos humanos es la economía. Para él, pues, lo racional es creer que la economía determina la Historia; y no vale demostrarle que no es así, porque, «por definición», tal demostración sería irracional.

»Marx es, pues, el padre del «objetivismo» más subjetivo que cabe soñar...»

«Marx parece que dice: lo bueno y lo malo depende de su efecto sobre la guerra de clases. Todos hemos visto en este triste siglo a dónde conduce esta relativización de la ética.

»Para lograrla, Marx tiene que negar la independencia y aun la autonomía del individuo. «No —declara—, la razón no convence a nadie. Todo el mundo actúa con arreglo a la resultante de las fuerzas socio-económicas que se ejercen sobre él; y su autonomía de juicio y obra es mera ilusión.» Extraña aberración en el hombre que con mayor libertad actuó y pensó en pleno siglo XIX contra su clase, su ambiente, su momento histórico, la filosofía reinante, la actitud de reaccionarios y progresistas. El Marx vivo y coleando desmiente su propia teoría a cada paso. La contradicción suprema del marxismo es ésta: que Marx vivió y pensó en contra de todo lo que afirmó ser las verdades fun-

damentales de la vida. Aspiró a la objetividad entregándose a un subjetivismo sin freno.»

«El cual le lleva hasta a dar en otra de sus contradicciones: hay que arrancar todo de raíz y por la violencia. Pero si hemos quedado en que la sociedad capitalista está irremediamente condenada a perecer por el mero efecto de su vicio interno (la merma de los beneficios, la rivalidad de las economías nacionales, la misma guerra de clases) ¿para qué la violencia y la revolución? Más adelante lo veremos. Pero entre tanto importa hacer constar que Marx detestaba la idea de reforma. Había que tirarlo «todo», derribarlo «todo», para que se cumpliera la profecía, como tantas veces dice la Biblia ...»

«Su esquema de la Historia que tanto ha influido sobre Toynbee viene a dibujar una a modo de curva sinuoidal en la que cada onda se eleva como el auge de una clase que explota a otra u otras, y muere al empellón de la onda siguiente, que simboliza el auge de la clase ayer explotada, que pasa a explotadora para morir al empellón de la siguiente. Hoy (es decir, hace un siglo) nos encontramos en vísperas del surgir de la nueva onda proletaria que va a derribar a la burguesía. Pero ya no habrá más ondas. Al caer la burguesía explotadora del proletariado se habrán terminado las clases y, por tanto, la guerra entre ellas. *C'est la lutte finale* »

«De 1847 a 1853 Carlos Marx creyó inminente esta revolución final y definitiva. Cien años han transcurrido y la Historia se ha negado a atenerse a las instrucciones que recibió de Carlos Marx ...»

«El sistema de Marx perezca a manos del albañil que lo edificó, que era el empiricismo científico. La experiencia de los libros lo elevó; la experiencia de los hombres lo está derribando.

»Pero el marxismo sigue actuando sobre la masa y aún más sobre los intelectuales. Queda averiguar por qué.

»¿Por qué, muerto el marxismo como tal cuerpo de doctrina, subsiste como idea-fuerza y aun dilata su campo de acción? Porque el marxismo es un movimiento burgués. La respuesta podrá quizá parecer paradójica; pero el hecho en sí no da lugar a duda. Su propio fundador no podía ser más burgués. Si se recorre en la memoria la lista de los padres de la iglesia so-

cialista apenas si cabe mencionar a Babeuf, que comenzó de criado, y a Proudhon, que procedan de la clase obrera.»

«Los grandes socialistas del siglo XIX, Ramsay Macdonald, Attlee, Snowden, Dalton, Gaitskell, Wilson, Jenkins, Guesde, Jaurés (o sea el sefardita Juárez), León Blum, Kautsky, Liebknecht, Rosa Luxemburg, burgueses todos. Hubo algún que otro obrero, Bebel, Bevin, nada marxistas, nada teorizantes. Lenin y su plana mayor, todos burgueses; y cuando creyeron haber encontrado un obrero entre ellos, resultó ser un agente de la política del Zar ...»

«Tanto mayor razón para preguntarse por qué subsiste el «ismo» más tenaz y sistemático de todos, que es el marxismo.

»Y aquí hay que distinguir entre los dos ámbitos de su éxito: el intelectual y el popular. La atracción, la casi fascinación que el marxismo ejerce sobre muchos intelectuales es evidente. Digo «muchos» y no «los», porque, a mi ver, se trata sobre todo de los intelectuales racionalistas, más bien cortos de intuición. La razón a la vista está. El edificio intelectual que Marx construyó es una obra maestra de arquitectura; que tenga mucho o poco que ver con la realidad no importa ...»

«Bien es verdad que también enamora a muchos poetas, y aun de los mejores. Alberti, Neruda, Quasimodo, Aragón. Aquí el caso es distinto. No creo que estos poetas hayan llegado al comunismo quemándose las cejas con el estudio de los libros de Marx. La poesía no admite tal andadura. Más probable es que se trate de «conversiones» para-religiosas debidas a otro de los aspectos del marxismo: su repulsa integral del mundo tal y como es: su evangelio revolucionario aspecto sobre el que volveré después.»

«... también se da en los intelectuales un sector más o menos numeroso, de gentes ambiciosas que creen que ya es tiempo de «precipitarse al socorro del vencedor». Estos tales piensan que el comunismo es a lo que se va; ...»

«... bastará un poco de mundo para ir diagnosticando las raíces individuales del marxismo de los intelectuales con quienes uno se topa; sólo un rasgo los une: la contradicción flagrante entre su actitud vital y su pensamiento; porque el marxismo descansa sobre la guerra de clases y ellos son todos bur-

gueses que, por lo tanto (en su propia perspectiva), se han pasado al enemigo, con lo cual destruyen su tesis dos veces, ya que la guerra de clases cesa de serlo y su pensamiento no está determinado por su clase.»

Y del último artículo del 9 de abril, en el que remacha la muestra de las contradicciones de Marx, entresacamos como muestra:

«... la contradicción más asombrosa de las muchas que el marxismo abriga en su amplio seno. Marx vio su doctrina como una exposición científica de una evolución inevitable; pero la causa de su pervivencia, pese a su muerte como tal doctrina científica, es que el marxismo es hoy una religión por obra y gracia de la vida y pasión de su fundador.

»Hace ya tiempo que se ha revelado como inútil discutir el marxismo como tal conjunto de doctrinas: el marxismo es una pasión. Y esta pasión colectiva de hoy es un fuego que prendió en el alma individual del fundador de esta fe, que fue Carlos Marx.»

«... Olvidando su propia tesis, que el hombre piensa como es y como es el grupo (clase) al que pertenece, Marx declara muerto a Jehová; y al instante lo vuelve a resucitar con un nombre nuevo: «la Historia». ¿Qué es la «Historia» de Marx sino un Jehová modernizado, cuyas decisiones son tan terminantes e imperiosas como las del inexorable Dios de Israel? Y la ley, concepto supremo de los hebreos, ¿va a morir en Marx? De ningún modo. Ahora se llamará «la ciencia»; y se revelará lo mismo que la ley y su Legislador solían revelarse a los judíos: por el milagro ...»

«... los milagros de la ciencia. Hoy el milagro mayor es la exactitud de los viajes a la Luna.

La Historia, Jehová, la Ciencia, la Ley, la Tecnología, los Milagros: esta es la religión nueva, cuyo fundador fue Carlos Marx. Sus fieles son los intelectuales y las masas. Los hombres de ciencia son modestos (todos menos los microbiólogos, a quienes reduce la visión el propio microscopio que manejan). Pero los intelectuales suelen vivir en la abstracción y las masas en el mito, en la leyenda y en los cuentos de hadas. El marxismo vive, pues, de fe; y la mejor prueba de que es una religión es que adolece de la maldición que aflige a las religiones: la fe crea una iglesia y la iglesia una sacristía; y la sacristía, poco a poco, se come a la iglesia, y la iglesia, poco a poco, a la fe.»

II. DE LA JUSTICIA IDEOLÓGICA AL TOTALITARISMO SOCIAL.

Este es el título de una conferencia que nuestro amigo Louis Salleron pronunció en una reunión de "Les silencieux" en Lyon, publicada in extenso en CARREFOUR del 1 de marzo, del que reprodujo L'HOMME NOUVEAU, el 19 del mismo mes el fragmento fundamental de donde lo hemos tomado para traducirlo al castellano. Digamos, antes, que en él se nos muestra otra consecuencia del racionalismo idealista, que pretende prescindir de los datos de la realidad social y que se basa en puras ideas abstractas, a fin de cambiar el mundo de acuerdo con ellas, y, para lograrlo, procede a cuantificar todas las esencias, con lo cual las desconoce, quedando encerrado en un círculo vicioso de consecuencias dañinas en cadena. Pero leamos:

«Un análisis insuficiente del orden social lleva fatalmente al espíritu a concebir la justicia desde el ángulo de la igualdad, porque el punto de partida de todo movimiento en pro de la justicia social lo constituyen siempre las injusticias que sienten los individuos. Esto no es totalmente falso siempre que se establezca un acuerdo acerca de lo que se entiende por la noción de igualdad. Los antiguos decían que la justicia es una igualdad de proporción. Pero, a su vez, la palabra «proporción» debe entenderse correctamente, porque no abarca solamente un aspecto cuantitativo, sino que incluye además un aspecto cualitativo. Existen toda suerte de desigualdades naturales que no nacen solamente de lo «más» o de lo «menos», sino también de la diversidad.

»Se puede ser más o menos grande, más o menos inteligente, más o menos fuerte, más o menos rico. Pero también se puede ser campesino, obrero, profesor, soldado, sacerdote, etc. ... ¿Cómo establecer la igualdad, incluso de proporción, entre tanta desigualdad y tanta diversidad?

»Para llegar a ella, el que rastrea únicamente la idea de justicia busca un común denominador de todas las situaciones individuales para hacer de ellas situaciones de igualdad. Encuentra ese común denominador en la economía. Toda la actividad económica gira, en efecto, en torno a la materia. Produce, intercambia y consume bienes materiales. Henos, pues, en lo cuantitativo puro. Y como ese cuantitativo tiene un medio de expresión llamado moneda, que es perfectamente divisible, el racionalista idealista va a intentar realizar la justicia social a partir de la distribución de la riqueza.

»La justicia sería, pues, una igual distribución de la riqueza entre todos los individuos.

»Como esta meta queda muy lejana, se empieza por acercarse a ella disminuyendo las desigualdades. Pero, como éstas subsisten o renacen perpetuamente, se decide dedicarse a las causas. En seguida se percibe que las causas se reducen a una: La propiedad. Entonces, se decreta la abolición de la propiedad. Para lograrlo, hay que suprimir todas las libertades que la acompañan: libertad de emprender, libertad de producir, libertad de contratar, de intercambiar, de vender, de asociarse, etc. ... Finalmente hay que someter a todos los individuos al poderío absoluto del Estado totalitario, en una sociedad integralmente comunista. Así será creada la perfecta igualdad de todos los individuos. Si algunas desigualdades cuantitativas o cualitativas deben subsistir, serán instituidas por el Estado. Nadie podrá quejarse de ello porque no serán fruto del orden natural, sino que serán el fruto del orden cultural instituido por el Hombre genérico hispostasiado en Leviatán.

»Por esto, el liberalismo, que es el orden de la materia en la libertad del dinero, conduce al socialismo que es el orden de la materia en la dictadura del Estado.

»Esto implica que quien no concibe la justicia más que bajo el aspecto de la igualdad económica desemboca automáticamente en el socialismo, un socialismo que se llamará comunismo si predominan en él la voluntad y la razón y que se llamará anarquismo (o trostkismo, castrismo, maoísmo, izquierdismo, etc.) si es dominado por el sentimiento y el individualismo.»

III. LA ABSORCIÓN POR EL ESTADO DE LAS ACTIVIDADES ECONÓMICAS CONDUCE PROGRESIVAMENTE AL SOCIALISMO QUE CONCLUYE POR ANIQUILAR TODAS LAS LIBERTADES. SIN PROPIEDAD PRIVADA, NO HAY LIBERTAD.

Esto es un hecho real que muchos racionalistas, encerrados en el mundo utópico de sus ideas, no quieren admitir. Conviene recordarlo, como vamos a hacer con dos recortes recientes:

El primero es del núm. 30 del bravo periódico chileno TIZONA, de abril 1972; de un artículo firmado Jotaceo, titulado "TRÁNSITO AL SOCIALISMO".

«... Ya lo dijeron en Brasil: Frei es el Kerenski chileno.

»En efecto, como el gobierno de Frei fue un gobierno de tránsito al socialismo, es decir de una paulatina absorción de las actividades de los ciudadanos y sus sociedades por el Estado, a Allende no le queda otra posibilidad que implantar el socialismo directamente. Y lo está haciendo. Esto mismo explica la de-

bilidad de la oposición de la DC, porque, en definitiva, Allende está llevando a sus últimas consecuencias lo que Frei inició. Este debilitó a la industria privada dejándola lista para que el gobierno se la comiera. Por ello ha sido tan fácil para Allende apoderarse de la mejor industria que Chile tenía: la textil. Incluso algunas ya estaban abandonadas por sus propietarios, facilitando así su absorción por parte del Estado. Es que la política de Frei, al impedir capitalizar en Chile, obligó a capitalizar en el extranjero, dejando a los propietarios más interesados en el desarrollo de otros países que en el nuestro, donde se les impedía desarrollar sus actividades en un clima de confianza...»

«Mientras se va conformando el socialismo económico, Allende se cuida de no ir implantando el socialismo político, es decir, la dictadura del proletariado. Desde los tiempos de Lenin, los marxistas saben que controlada económicamente la población, fácilmente se pasa al control político. Y esa es la receta que están aplicando en Chile. Del dominio económico se pasará al político casi sin que nadie pueda resistirlo...»

El segundo es de ABC del sábado 22 de abril de la crónica de Veritas fechada la víspera en Santiago de Chile:

«... debido a la progresiva estatización de las empresas privadas, las emisoras no afectas a la línea oficial van perdiendo los ingresos por concepto de publicidad que constituyen su único medio de sostenimiento. Si no se crea otra fuente de recursos para costear sus actividades, es evidente que la radiodifusión chilena, no obstante seguir gozando de una libertad jurídica meramente formal, irá desapareciendo poco a poco víctima de un verdadero estrangulamiento económico.»

«... Con el control comunista de las radioemisoras; es decir, sobre cinco millones de radiorreceptores, el oficialismo podrá establecer la dictadura cultural y política que conduzca al país sin sentirlo hacia una segunda Cuba.»

«... las radioemisoras que no cuenten con el favor de la coalición gubernativa y, por tanto, con la publicidad de origen fiscal, tendrán que mantener una dura lucha para seguir sobreviviendo. La empresa está lejos de ser imposible, pero será cada día más difícil, a medida que continúe su avance el proceso de socialización de la economía nacional. La Prensa opositora e independiente, aunque se costee en parte con las ventas, sufre también el bloqueo económico derivado de la reducción de la publicidad

comercial. El problema de las condiciones efectivas del mantenimiento de las libertades públicas, y, en especial, de la libertad de expresión, va más allá de las meras garantías individuales de carácter constitucional, vinculándose, en último término, con la libertad económica y con la propiedad privada ...»

IV. EL MITO DEL DESARROLLO.

La cima actual de la racionalización y la cuantificación es hoy lo que se llama "el desarrollo" que se apoya en un mito, como casi todas las "racionalizaciones idealistas". Es un tema que conviene meditar. Para ayudar a hacerlo, reproduciremos unos recortes que nos han parecido ilustrativos.

Los primeros son de un artículo de Jacques Chirac publicado en PREUVES del primer trimestre de 1972, titulado "FINALIDAD DEL DESARROLLO":

«Acto seguido de la Segunda Guerra Mundial, y mientras se extinguían los últimos ruidos y los postreros furores de las luchas coloniales, cuando las instituciones, firmemente establecidas, no daban ya lugar a controversias apasionadas, la construcción de una economía con desarrollo armonioso y continuo se colocó en el primer plano de los objetivos políticos.

»Saturados de conflictos ideológicos y filosóficos, los franceses se preocuparon, ante todo, de mejorar su bienestar, y esta pretensión coincidió con el crecimiento excepcionalmente rápido y generalizado que todos conocemos, desde hace quince años, en las economías occidentales. Que la previsión relativa al progreso del producto nacional, en el curso del VI Plan [francés], haya suscitado controversias ardientes y que la decisión del presidente Nixon de poner un final a los complejos acuerdos de Bretton Woods lo hayan conducido, ante la opinión, a un cambio de postura frente a China Popular, muestran hasta la evidencia el nacimiento de un nuevo mito: el de un desarrollo económico necesario e indefinidamente continuo.

»Como mito, el concepto de desarrollo presenta, a la vez, potencia y ambigüedad. Figura en él un poder casi sagrado, que se opone ante la mayoría a ser sujeto de controversia. En un mundo que se niega a pensar en sus finalidades, porque se encuentra demasiado abrumado por finalidades divergentes, el mito facilita un objeto aparentemente simple y claro. Su carácter medible le confiere una virtud suplementaria. De un extremo a otro del planeta, parece que los hombres disponen, con la medida

del desarrollo económico, del medio para probar y estimar las diferentes estructuras sociales.»

«En ausencia de finalidades, el único aspecto que se toma en cuenta es el aspecto cuantitativo del aumento de los bienes producidos y de los puestos en circulación. Nuestra civilización tiene el fetichismo de las cifras y cree encontrar la certidumbre en los porcentajes y en la estadística. Este culto a la cifra va acompañado de una grave disociación individual y colectiva entre la idea de desarrollo y sus modalidades. En una palabra, todos están de acuerdo en que se multiplican los frutos materiales del progreso, pero son raros aquellos que aceptan pagar el precio que esta multiplicación exige: esfuerzo, ahorro, formación permanente, reconversión, competencia. Como ha advertido R. Armand, «de disociación en disociación, el desarrollo corre el riesgo de convertirse en un objetivo general al que nadie contribuye, acusándose unos a otros de no haber hecho cosa alguna».

»Ya se trate de organizaciones capitalistas o socialistas, todos los países industriales pasan, actualmente, por el mismo interrogante, ante las consecuencias de la expansión económica, comprendida exclusivamente como incremento indefinido de bienes y servicios.»

«... A medida que desaparecen las situaciones de penuria, aumenta la toma de conciencia de los enojos de la sociedad de producción: de la polución al infarto; de la disgregación familiar social a la elevación inquietante de la criminalidad; de la multiplicación de los marginados, excluidos de los beneficios del desarrollo, al holocausto sangriento en las carreteras en los fines de semana. Las taras de un sistema con objetivos puramente materiales se manifiestan, cada vez más, en forma más visible y justifican la protesta, que tiende a convertirse en permanente.»

«En nuestras sociedades industriales, después de la ilusión de la certidumbre, nos encontramos en la hora de los grandes interrogantes.»

«Comprendida de una manera exclusivamente cuantitativa, la expansión económica es, efectivamente, fuente de polución ecológica y de deterioración social. Ordenado al desarrollo de los grupos sociales y de las personas, adquiere todo su valor y encuentra la finalidad que le falta, es decir, la dimensión humana.

»Pero entonces es necesario desechar una concepción puramente mecanicista del desarrollo y la progresión de tal o cual

tanto, la proliferación de tal o cual actividad, no son suficientes, en sí mismos. Se trata de un fenómeno complejo, que los comunistas, los sociólogos y los hombres políticos deben analizar más profundamente.

»Únicamente el desarrollo permite la evolución hacia una sociedad más justa. Pero es esencialmente con el excedente de riquezas que cada año produzca un país con lo que efectivamente se puede hacer frente a una mejor distribución social. La estabilización, en este dominio, solamente puede ser estancamiento.

»Pero, a medida que este desarrollo se prolonga, por el contrario, genera, por su propia existencia, dificultades y contradicciones que implican el riesgo de provocar conmociones, incapaces de ser dominadas por los hombres que podrían moverse, incluso, en contra de los objetivos deseados.»

«Toda la evolución de la humanidad tiende a dar, a las personas y a los grupos sociales, una autonomía cada vez más completa, con un conocimiento más profundo y un dominio más total de sus destinos. Esta evolución se evoca en términos de libertad y de responsabilidad. Todo lo que camina en este sentido se mueve también en el del desarrollo real; todo lo que se opone, a pesar de los signos aparentes de opulencia y de liberación, obstaculiza esta progresión.»

«Esta concepción permite arrojar al margen, simultáneamente, los modelos opuestos que se han pretendido establecer, una y otra vez, en nuestras sociedades, particularmente en la francesa. El modelo marxista, que, en el nombre de una idea muy especial de la justicia, prohíbe toda auténtica responsabilidad individual o colectiva, no puede ser admitido, pero no es posible aceptar tampoco el modelo americano, en el que la filosofía mecanicista ha encontrado la más completa de las expresiones...»

«Los fenómenos de expansión y de crecimiento económico corren el riesgo de implicar una reacción en cadena de los grupos sociales. Al nivel de la región, de la nación, o del conjunto de naciones, se plantea, en forma permanente, el problema de los que ganan y los que pierden en el cambio; los individuos y los grupos, conscientes de los riesgos corridos, tienden a bloquear esta evolución o, por lo menos, a hacerla más lenta. Esta actitud, psicológica y política, conduce, a la vez, a conflictos con frecuencia muy violentos, a una degradación acelerada de la posición de estos grupos y a la multiplicación de los desequilibrios.

Se puede advertir el fenómeno, tanto en la sociedad francesa como en otras sociedades, de desarrollos diferentes.

»La expansión económica de base técnica tiende a favorecer a ciertos grupos, en relación con otros. En una sociedad en la que, para beneficiarse de la distribución de las riquezas, es preciso participar, en una u otra forma, en el proceso productivo, en una civilización cada vez más «sofisticada», cuya complejidad no cesa de aumentar, el número de marginados y abandonados o, como suele decirse, «siniestrados del desarrollo», experimenta un aumento muy rápido. Estos marginados pueden ser inadaptados sociales, que constituyen los residentes en los extrarradios o en «ciudades de urgencia y de tránsito». Pero también se trata de personas maduras que salen del circuito de la producción y de tarados físicos y mentales, fruto y víctimas, al mismo tiempo, de un progreso que los ha salvado de la muerte para condenarlos al fracaso y al aislamiento. Pero también se trata de familias cuyo apoyo fundamental, al nivel de la demografía y de la integración social, no se toma en cuenta en una economía de producción. O de categorías socio-profesionales de aquéllos que se encuentran técnicamente superados: algunos agricultores, comerciantes, artesanos, especialistas de técnicas envejecidas; habitantes de regiones en pérdida de velocidad. En estos últimos, el éxodo geográfico y profesional, al precipitar estas rupturas, acelera la disgregación de los grupos familiares y sociales y multiplica, por todas partes, los riesgos y la falta de adaptación, individual o colectiva.»

«Los países industriales descubren, casi simultáneamente, las leyes del desarrollo económico y los inconvenientes que implica, aun cuando no han buscado otra cosa que sus efectos cuantitativos. Las nuevas nociones de polución del contorno nacen de una reacción biológica contra la perturbación de la ecología, capaz de poner en peligro incluso el porvenir mismo de la especie. Esta angustia, más potente, y la pasión ideológica, más militante, conducen a algunos, principalmente entre los jóvenes, a rechazar en bloque la sociedad industrial, sin beneficio de inventario. Es preciso no ceder a esta tentación, sino analizar que es lo que provoca esta concepción materialista y mecanicista del progreso económico ...»

El precio de la prosperidad que conlleva el desarrollo fue un tema tratado en la Asamblea plenaria del episcopado alemán en marzo de 1971, y fue explicada en el Mensaje emitido por los propios Obispos y que de DOCUMENTATION CATHOLIQUE del 19 de diciembre ha traducido ECCLE-

SIA en las páginas 260 y siguientes del año actual, texto del que recortamos los tres párrafos que siguen:

«Ciertamente debemos la prosperidad al progreso técnico y al desarrollo económico; pero, al mismo tiempo, cada vez son más numerosas sus víctimas; muchos se sienten fatigados, hundidos y no se mantienen sino a fuerza de medicamento. Difícilmente se encuentra tiempo para distraerse, para descansar, para reflexionar sobre sí mismo y esto precisamente cuando los tiempos libres han aumentado en nuestra sociedad y no dejan de ampliarse.

»El precio que pagamos es, sin duda alguna, la agitación, la falta de seguridad, la soledad. El hombre vive al lado del hombre como un extraño, apenas se conocen los vecinos, y muchos mueren a nuestro lado sin percatarnos de ello. Cada año se producen en Alemania Federal cerca de trece mil suicidios, y el número de tentativas es mucho más elevado todavía. El número de neuróticos, de alcohólicos y de toxicómanos crece en progresión constante. Cada vez son más numerosos los que, para huir de una realidad que les resulta insoportable, se refugian en una pseudo-realidad tal como la que ofrece el alcohol o la droga. Juventud, salud y belleza. Tales son de ahora en adelante los objetivos principales. Solamente aquel que triunfa cuenta algo en esta sociedad.

»Con toda evidencia, el margen de libertad de los individuos y de los grupos es hoy en día mayor que en otros tiempos. Pero, ¿cómo se emplea esta libertad? Todos reclaman su derecho a la libertad; pero, ¿en qué medida se preocupan de la libertad de los demás? Bajo el pretexto de libertad se ensalzan atrocidades inmorales, predomina la brutalidad del más fuerte, y la masa de nuestro pueblo guarda silencio. La libertad es un bien frágil y el hombre no la pierde solamente por ser llevado a una prisión ...»

V. DOS PESOS Y DOS MEDIDAS.

Otro mito racionalista, el de la planetización de un derecho uniformemente aplicable a todos los países, vemos cómo, al ser revisadas también de modo racionalista las bases del derecho que fue elaborado a partir del Código de Napoleón con tanta ilusión, nos lleva a otra de las contradicciones que hoy padecemos. De ello ha tratado un artículo, escrito en Hong-Kong, signado por P. B., con el título de "A PROPÓSITO DE LA VISITA DE NIXON: UN BALANCE DE LA DUALIDAD DEL DERECHO",

reseñado por la Société d'Etudes, en marzo de este año, y de donde proceden los extractos que recortamos:

«... Europa es la primera en denunciar la planetización de sus principios, de sus instituciones, de su derecho. La opinión occidental niega a sus imitadores, principalmente a las gentes de color, la capacidad para conducirse como occidentales. Supone, implícitamente, aun proclamando la igualdad de los pueblos, de los países y de las naciones, que aquello que sería condenable en Europa, según unos principios que datan de largo tiempo, no lo es, o lo es menos, fuera de las fronteras morales europeas. A despecho de la asimilación de sus instituciones por el resto del mundo, a pesar de cierta planetización del derecho, los occidentales admiten que, de hecho, los comportamientos son diferentes. Ha de entenderse, o sub-entenderse, que existen comportamientos civilizados y comportamientos no civilizados. Se quiera o no, hay siempre, para el occidental, el cristiano y el bárbaro, y este último conserva el derecho a no conducirse como cristiano. Y encuentra indulgencia, en vez de censura.»

«El occidental es tanto más intransigente consigo mismo cuanto más conserva el sentimiento de constituir un bloque, que se confunde, todavía, con la cristiandad, que tiende a la homogeneidad y rigor en su derecho, después de haber sido puesto en cuestión por el nazismo. Europa no puede fracasar. Tiembla ante el precedente nazi. Si se ve acusada de nazismo, su catolicidad resulta comprometida. Retrocede ante las llamas del infierno y se convierte en su propio inquisidor. Pero cuando se trata de pueblos de color, o de naciones lejanas, da de lado a sus principios, porque piensa que éstos todavía no han sido asimilados y porque sabe también que su derecho, demasiado circunscrito a la moral de la cristiandad, es hoy demasiado viejo y apenas podría ser aplicado al conjunto del planeta, salvo si se admite pagar un precio de injusticias y sufrimientos.

»Porque es el mismo Occidente quien ha puesto en cuarentena la legitimidad de su derecho. Este resultó comprometido hasta el punto de no representar otra cosa que el interés de las clases más ricas y de las naciones más favorecidas.

»En muchos espíritus, este derecho occidental se confunde, hoy, con lo que podría denominarse derecho burgués. Es el derecho que permite colonizar y explotar. Aun cuando las instituciones imitadas hoy en el mundo entero, comprendidos los países socialistas, sean directamente establecidas, se le opone un dere-

cho revolucionario que, al negar los resultados del primero, censura su aplicación y rechaza respetarlo.

»Es preciso advertir que este derecho revolucionario, calificado de anarquismo y terrorismo por el derecho burgués, no es constructivo: se contenta con oponerse a aplicar, por sí mismos, los principios del derecho burgués, aunque las instituciones sobre las que se asiente hayan directamente surgido de él. Más todavía, refuta el derecho burgués, muchas de cuyas cosas le incomodan, pero es partidario del mismo en aquello que le favorece. Se niega a dejarse imponer reglas de juego, pero no construye otras. No establece un código internacional que permita regular los conflictos arrojando bombas en los cinematógrafos.

»Es preciso también advertir que el rechazo del derecho burgués resulta tanto más útil cuanto más el campo adversario se ve obligado a respetarlo ...»

«... El derecho revolucionario, imaginado y sostenido por algunos espíritus universitarios de Occidente, encuentra su legitimidad en el recuerdo de la lucha contra el nazismo, es decir, en la liberación. Existe una relación directa, inmediata, entre la legitimidad del Gaullismo y la del derecho revolucionario. Los temas anti-hitlerianos suministran, hoy, con una referencia continua, la trama del derecho revolucionario.

»Oficialmente, las relaciones entre las naciones están reguladas por instituciones de origen europeo. Periódicamente, las naciones deben someterse a los protocolos que han firmado, lo mismo que a las decisiones de los organismos internacionales que tienen por misión aplicar en el mundo los principios de un derecho europeo.

»Pero, oficiosamente, la opinión pública admite que el derecho occidental sigue siendo un derecho para los occidentales. Soporta mal que las naciones occidentales entren en contradicción con su propio derecho y admite que, a pesar de las instituciones adoptadas, las naciones no occidentales sólo se someterán parcialmente a un derecho que no llevan en su sangre ...»

«... Así, un contrato internacional es una pura ficción. Existen ya dos derechos: el derecho Occidental, que los países del Occidente no pueden transgredir sin que se alce el fantasma del nazismo y verse sometidos, inmediatamente, a la venganza de la opinión internacional; y el derecho, tácitamente reconocido, para los países no occidentales, a sustraerse del derecho internacional, sin que la opinión internacional reaccione con el mismo vigor que en el caso precedente ...»

«... si se considera la importancia cada vez mayor que adquiere la opinión internacional, en la regulación de las cuestiones, esta dualidad del derecho actúa siempre, en caso de conflicto, a

expensas de las naciones occidentales. La nación occidental no puede salirse de las reglas del juego. La nación no occidental puede, según sus necesidades y su interés inmediato, permanecer en la regla, salirse de ella o retornar a ella, sin que ninguna de estas actitudes disminuya su prestigio internacional.

»Basta extraer consecuencias de los movimientos de opinión, frente a tal o cual acontecimiento: si hay guerra, las leyes clásicas de la guerra y las convenciones internacionales, aplicadas por una parte, no lo son por la otra y los asesinatos y torturas, condenables en un campo, son lícitos en el otro. Si hay procesos políticos, la condena a muerte es una barbarie en unos, pero es prudente y lícita precaución en otros.

»Porque la dualidad del derecho no se refiere a un campo único. Permite escarnecer, sin riesgo de campañas de prensa, las leyes internacionales que los europeos, por sí mismos, se ven obligados a respetar. Al hacer esto, se logra acorrallar a estos últimos hasta obligarles a cometer actos en contra de las leyes internacionales, acabando por ponerse en contradicción con su propio derecho y crear, en su seno, discordes y contestatarios, campañas de prensa, y mala conciencia. Una cuestión semejante jamás se plantea en el campo contrario.

»La dualidad del derecho es un arma que asegura invariablemente la victoria a cualquiera que pueda usar de ella. Los chinos lo saben y sólo han podido temer la bomba atómica por error. Pero todavía saben más, ya que tienen la exacta comprensión y aplicación precisa del propio compromiso de Occidente.

»Todo adversario occidental, puesto en contradicción con su propio derecho, es un adversario vencido. Esta contradicción gana hoy las guerras mejor que las armas y acaba por arreglar, en un desequilibrio que cada día se comprueba más, las relaciones internacionales. América está hoy bombardeada por protestas, invadida de contestatarios: se ha dejado poner en contradicción con su propio derecho.

»En ausencia de un derecho común, la guerra compromete, progresivamente, ante la opinión internacional, a uno de los beligerantes. Porque éste, cogido en una trampa, acaba por hacerse la guerra dentro de sí mismo. Sus victorias militares se vuelven en contra, porque, para lograrlas, debió renunciar, parcialmente, a las leyes internacionales. Con el tiempo, la opinión nacional, y la internacional, se sienten perturbadas y los gritos de condena aumentan.

»Si trata de probar que no renuncia a los principios, acaba por someter a proceso a su propio ejército, que separa del resto de la nación. Cuando más quiere probar al mundo su honesti-

dad consigo mismo, más descubre la opinión pública, en sus esfuerzos, la prueba de su pecado y más provoca su condena.

»Las operaciones militares apenas importan ya y los éxitos o los fracasos pueden adquirir significaciones contrarias. El campo de batalla no se sitúa allí donde están las armas, sino en el papel impreso de los periódicos ...»

«Y, sobre todo, en los periódicos occidentales. Porque es en primer término la opinión occidental la que da el tono y acepta, para uno de los campos, la dualidad del derecho, mientras impone al otro la intransigencia de las reglas internacionales. La opinión mundial toma, al mismo título que un elemento cualquiera de occidentalización, un juicio formulado en occidente. No sueña apenas, al hacer esto, que semejante actitud tuvo su fundamento en un distingo, orgulloso para Europa e injurioso para el resto del Mundo, entre bárbaro civilizado. Por otra parte, es la opinión izquierdista la primera en aceptar esta dualidad del derecho: opinión más racista y occidental que cualquiera otra, puesto que no admite, entre los blancos, la barbarie que encuentra normal entre los pueblos de color.»